

BAJO EL SIGNO DE VÍCTOR RAÚL

(Entrevista publicada en la revista DOMINGO, del diario La República, el 30 de enero del 2000, al comienzo de la campaña para elecciones presidenciales.)

La postulación de Elvira de la Puente a la Segunda Vicepresidencia por el APRA tomó por sorpresa a muchos, menos a quienes la conocen de toda la vida. Debajo de su maquillaje de actriz siempre estuvo oculta una mujer política de sentimientos sinceros y convicciones a prueba de tiempos difíciles. Aquí está ella, la política, sus recuerdos y sus ilusiones.



En el escenario natural del jardín de helechos y buganvillas que hay en el fondo de su casa, ataviada con el vestuario austero aunque elegante de una señorona en reposo, y acompañada por la banda sonora de setenta periquitos australianos en época de apareamiento, la primera actriz Elvira de la Puente, sobrina directa de Víctor Raúl Haya de la Torre y prima hermana de un guerrillero muerto durante los insurgentes años sesenta, se dispone a representar el papel más complicado de su vida. Aunque quién sabe. Quizá sea el papel que ha estado esperando a lo largo de sus treintaiséis años de trayectoria, asumiendo personalidades y recitando libretos que no eran suyos. Esta vez, Elvira de la Puente ha aceptado ser candidata a la segunda vicepresidencia por el APRA. Un papel complicado, quién sabe, pero de seguro no difícil para ella: hay en esa risa con la que nos recibe esta tarde de verano una convicción y una felicidad por lo que va a hacer, que acaba por pulverizar cualquier duda sobre sus cualidades innatas para la política. La política no se aprende en talleres de arte escénico. Y Elvira de la Puente debe ser, en el Perú moderno, una de las poquísimas demostraciones de que esto es una verdad irrefutable.

El nombre de Víctor Raúl Haya de la Torre remite al recuerdo y éste al sentimiento. Recostada sobre una silla playera enmohecida por la nostalgia de mejores tardes, Elvira de la Puente afila la memoria y reconstruye los tiempos cuando era niña y vivía en una vieja casona de la avenida Alfonso Ugarte. La casa tenía teatinas, esos ventanales que sobresalen por encima de los techos y dejan que los rayos del Sol se cueilen en las habitaciones. Ella, pequeña y curiosa, se detenía a ver cómo dentro de esas columnas de luz flotaban partículas de polvo sólido que se desvanecían en el aire. También miraba el cielo sin nubes de Lima y, por las noches, la Luna y unas pocas estrellas. Pero esta contemplación bucólica la condujo también a su primer contacto con la política. En la casa vivía su abuela, madre del patriarca fundador del Apra, Víctor Raúl Haya de la Torre. Cuando Haya estaba en el Perú siempre iba a visitar a su mamá, y con él, por lo menos una docena de dirigentes apristas. Entonces un buen día la niña Elvira descubrió, mirando a través de las teatinas, que unos hombres caminaban por el techo de su casa. No fue necesario hacer preguntas. Su intuición le bastaba para darse cuenta de que esos hombres estaban allí para vigilar quiénes estaban dentro de la casa, quiénes entraban y quiénes salían. Probablemente eran policías o matones de la dictadura de turno. Esas palabras (matones, dictadura), que hasta ahora resuenan violentas, ya las conocía ella antes de haber cumplido los diez años.

-Desde muy chica yo siempre tuve conciencia de lo que era el Apra y de lo que significaba mi tío dentro del partido. Sin embargo, los primeros recuerdos que tengo de él no son los de un líder político como uno se puede imaginar que son: serios y solemnes. Muy por el contrario, lo recuerdo como un gran conversador, muy al tanto de los recuerdos y las preocupaciones familiares, tremendamente cariñoso, y además con una capacidad increíble para comunicarse con los niños utilizando su propio lenguaje. Por ejemplo, me acuerdo que yo iba hasta donde él estaba sentado y le contaba de mi colegio, de mis amigas, incluso de mis juegos. Él me escuchaba y también me contaba de sus cosas, sus recuerdos. Entonces, a veces sin que nos diéramos cuenta, uno a uno se iban acercando mis demás tíos, mi mamá, mis primos, mi abuelita, y entre

todos se armaba una conversación que para qué te cuento. Uno de los temas más comunes era relatar, con mucho detalle, un juego que se inventaron mi mamá, mi tío Víctor Raúl, y sus demás hermanos cuando eran chicos allá en Trujillo. La casa que tenían era grande y mi abuelo les había cedido tres cuartos enteros. Entonces, fue a Víctor Raúl a quien se le ocurrió la idea de construir la ciudad de Lima. Con cajas de cartón armaron el Palacio de Gobierno, el Congreso y todos los edificios importantes de esa época, y para representar a las personas utilizaron carretes de hilo a los que mi mamá les hacía ropitas y cabecitas de papel pintado. Tan importante llegó a ser ese juego, que todos los que vivían en la casa, niños y adultos, llegaron a participar. Hasta los empleados se tiraban al piso para darle vida a los habitantes de esa ciudad imaginaria.

Alentada por el interés ascendente que provocan sus recuerdos, Elvira de la Puente también pone al descubierto esa porción importante de su memoria que ocupa su primo hermano Luis Felipe de la Puente Uceda. Cuenta que en la familia no le decían Luis, como el guerrillero ha pasado a la historia, sino Felipe. Y Felipe, sin dejar de ser sobrino de Haya de la Torre, tuvo la rebeldía suficiente para insurgir primero contra su propio tío, escindiendo una fracción de jóvenes militantes para fundar el Apra Rebelde, y después contra el Estado peruano, ya cuando se había convertido en el líder del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, el famoso MIR de los escarlatas años sesenta. Según ella, De la Puente Uceda no se alejó de la familia ni dejó de debatir con sus tíos y primos después de su ruptura con el Apra. En todo caso, sólo dejó de hacerlo el día de su muerte.

Elvira de la Puente habla como una mamá que está enseñándole los misterios de la vida a su hijo adolescente. Habla con emoción sincera, anteponiendo el yo comprometido a cualquier reflexión calculada o impersonal; casi se podría decir que involucra su propia piel en lo que dice. Por eso cuando de pronto ha pasado de las anécdotas de la infancia a sus opiniones sobre la política actual, el partido Aprista, Alan García, la dictadura en que se ha convertido el gobierno de Fujimori y los vaivenes de la oposición, es prácticamente imposible interrumpirla. Para Elvira de la Puente la política no puede ser esa actividad sucia y truculenta con que la condenan los hijos del fin de las ideologías y la ausencia de las ideas. Para ella, la política es el arte de gobernar creando leyes que contribuyan al bienestar público, especialmente los que menos tienen y los que más necesitan de la justicia. Confiesa que no es aprista militante, porque aunque se inscribió en el partido siendo muy joven, nunca se preocupó por renovar su carné. "Soy una aprista de corazón, más que militante", resume para dejar claro que lo suyo le viene de raza.

Recibió la invitación para postular a la segunda vicepresidencia una noche antes de que el Apra se inscribiera en el Jurado Nacional de Elecciones. Aclara que es imposible que lo supiera o intuyera desde antes porque la opción aprista era ofrecer todo el apoyo a cualquier candidatura unitaria que pudiese surgir entre las fuerzas de la oposición. "Una pena que la unidad no haya llegado a concretarse", se lamenta junto con la llegada de la noche que ya ha caído sobre sus ojos. Pero inmediatamente, sin darle tiempo a que se asiente la tristeza, se reconforta a sí misma recordando que hay un acuerdo de gobernabilidad firmado, y que quien sea que le toque reemplazar al presidente Fujimori en el cargo -porque de eso sí está convencida-, recibirá la colaboración de sus antiguos contendores. Eso sí, salta de su asiento cuando se le recuerda las críticas que pesan contra el ex presidente Alan García. La pregunta era inevitable. Y aunque uno no esté totalmente de acuerdo con ella, habría que verla preguntándose en voz alta qué es peor, si la hiperinflación a que condujo la política económica del gobierno aprista, o la interminable recesión y expatriación de los recursos peruanos que ha dirigido con su propia mano el actual presidente Fujimori. Habría que verla realmente.

Elvira de la Puente cree que, así no se convierta en la próxima vicepresidenta del Perú, sí tiene posibilidades de alcanzar un lugar en el Congreso. Entonces tendrá que elegir. La política o la actuación. La respuesta no es difícil de imaginar. En Elvira de la Puente se nota que hay una política que por mucho tiempo estuvo esperando representar el papel que ningún productor se atrevió a ofrecerle. Ahora lo tiene a su alcance, y los libretos los piensa escribir ella misma. Está claro. Agoniza una actriz, revive una política.